

entre las tasas de interés en moneda nacional y en moneda extranjera. Si bien se podría defender los topes de las tasas en moneda extranjera, para graduar la entrada de capitales, el caso de los topes de las tasas para moneda nacional resultaban siendo más complicados. La inflación correctiva que implicaba el ajuste inicial, que hubiera sido aún mayor en el caso de optar por el "overshooting" cambiario impedían poder determinar un nivel de tasas de interés "adecuado". Resultaba así menos riesgoso dejar flotar las tasas de interés en moneda nacional.

Finalmente, la recomendación de abrir la cuenta de capitales de la balanza de pagos desde los inicios del ajuste era prácticamente convalidar la situación existente, puesto que en la práctica existían diversos mecanismos informales que permitían un libre flujo de capitales con el exterior, además de la existencia de un stock de divisas en poder de los agentes económicos dentro del país, trasladable al sistema financiero.

Martha Rodríguez

Cornwell, John. *A Thief in the Night. The Death of Pope John Paul I.* Londres: Viking, 1989, XVIII, 301 pp.

La muerte súbita de Juan Pablo I en la noche del 28 al 29 de setiembre de 1978 a los treinta y tres días de haber sido elegido Papa, los rumores dispares e incluso contradictorios que circularon en torno a diversas circunstancias de su fallecimiento y, no en último lugar, la negativa de las autoridades vaticanas a permitir que se le practicara la autopsia, desencadenaron sospechas y rumores más graves sobre la posibilidad de que su muerte no hubiera sido natural, sino resultado de un envenenamiento o algún otro tipo de violencia. Las habladurías iban principal, aunque no exclusivamente, en la línea del cardenal Villot, secretario de estado durante el pontificado de Pablo VI, y del arzobispo Marcinkus, presidente del I.O.R. (Istituto per le Opere di Religione) o, en lenguaje menos críptico, Banco Vaticano. Los artículos y los libros empezaron a multiplicarse, en forma

novelada como *Soutane Rouge* de R. Peyrefitte (1983) o con pretensiones de investigación real en el caso de D. Yallop y su requisitoria *In God's Name* (1984). En el arranque de todas las sospechas se encontraban diez preguntas sobre las cuales no había concordancia testifical:

1. Quién encontró el cadáver.
2. Dónde.
3. La causa de la muerte según el informe oficial.
4. La hora de la muerte.
5. El momento y la legalidad del embalsamamiento.
6. Qué tenía el Papa en sus manos cuando murió.
7. La salud del Papa en los meses previos a su muerte.
8. El paradero de sus objetos personales.
9. Si, por orden de la curia, se practicó secretamente la autopsia.
10. Si los embalsamadores fueron llamados al Vaticano antes de que el cadáver, "oficialmente", hubiese sido encontrado.

En octubre de 1987, nueve años después del fallecimiento de Juan Pablo I, el arzobispo John Foley, presidente de la Comisión para los Medios de Comunicación Social, encargó a John Cornwell que, a fin de esclarecer de una vez por todas los hechos y silenciar así los rumores, investigara todas las circunstancias de la muerte de Juan Pablo I. Podía contar con todo el apoyo de la Santa Sede. Ciertamente que éste le fue necesario en muchos casos para abrir puertas y bocas cerradas, silencios y reticencias.

Por las páginas del libro (que se lee con interés creciente) desfilan muchos personajes (vivos o difuntos) de las altas esferas eclesiales y otros menos conocidos, de intra y extra muros vaticanos. Además de los ya citados J. Villot y P. Marcinkus, tenemos conocimiento con J. Magee y D. Lorenzi, secretarios particulares del difunto Papa; con sor Vincenza, su ama de llaves; con el Dr. R. Buzzonetti, médico personal del Papa; con H. Roggen, sargento de la guardia suiza; con los hermanos Signoracci, que embalsamaron el cadáver antes de su expo-

sición al público; con la Dra. Lina Petri, sobrina de Juan Pablo I. Y con otros muchos de menor significación en este caso. El autor, aunque no ahorra sus comentarios personales ni oculta sus puntos de vista, procura, sin embargo y en la medida de lo posible, poner al lector en contacto inmediato con sus personajes mediante la reproducción de lo principal de las entrevistas que tuvo con ellos.

La postura final del autor se puede condensar en estos puntos:

1. No hay evidencia, antes al contrario, queda descartada la hipótesis de un asesinato, resultado de una acción individual o de una conspiración.

2. La salud de Albino Luciani no era recia. En 1975 había tenido una trombosis en un ojo. La salud de Juan Pablo I era aún más precaria. Sus pies estaban muy hinchados y el día que murió se quejó por tres veces de un fuerte dolor.

3. El mal fisiológico se agravó por el choque psicológico que para él suponía el sumo pontificado. Se juzgaba totalmente inepto y achacaba la elección a un error de los cardenales.

4. La inadecuación psicológica aumentaba por las anécdotas, reales o fingidas, que sobre ella corrían por los pasillos vaticanos, por el cúmulo de trabajo y de problemas que diariamente arrojaban sobre él sus "colaboradores", en especial el cardenal Villot, y por la soledad en que lo dejaban.

5. Todo ello desembocó en un hastío de la vida (por lo menos, de la vida vaticana) y en un deseo de la muerte, que, según todos los indicios, pedía constantemente a Dios.

6. Desde que ocupó la cátedra de Pedro no tuvo asistencia médica alguna. En opinión de su sobrina, Lina Petri, médico ella misma, su tío debía de estar tomando anticoagulantes, pero no hay evidencia de ello.

7. Si tal era su medicación, Juan Pablo I no murió por un infarto de miocardio, que deja en el difunto huellas diversas de las que presentaba el cuerpo de Juan Pablo I, sino por una embolia pulmonar, más fulminante que el infarto, provocada por el abandono de la medicación a causa del cambio del ritmo de vida e,

inconscientemente, a causa también del hastío de la vida misma.

8. No hubo asesinato directo, pero sí hubo una especie de suicidio inducido. Los más próximos a él veían sus tremendas dificultades y jamás le tendieron una mano, con excepción, curiosamente, del arzobispo Marcinkus, el principal sospechoso para el gran público e incluso para el autor al comienzo de sus investigaciones.

9. Aún así se hubiese podido muy probablemente evitar su muerte si a las 18:30 del día 28, cuando el cardenal Villot fue a despachar con el Papa, Magee le hubiera hecho saber los dos ataques que ya había tenido Juan Pablo I; o si el mismo Villot, con más sensibilidad y amor, hubiese sabido leer en el rostro del Papa de la sonrisa, su verdadero estado psicológico y fisiológico; o si uno al menos de los secretarios particulares hubiese tenido en más a la persona del Papa que al protocolo y hubiera solicitado ayuda médica cuando Juan Pablo I por tres veces se quejó de un fuerte dolor en el pecho unas horas antes de su muerte. Pero ante la indicación del Papa de que ya le había pasado el dolor y no era necesario llamar al médico, se abstuvieron de cualquier iniciativa.

Irónicamente, quien enfermo careció de toda asistencia, tuvo ya muerto seis médicos en torno a su cadáver.

John Cornwell escribe como compendio final unas frases terribles:

"Murió solo en el corazón mismo de la más numerosa comunidad cristiana. Murió sin los últimos sacramentos. Murió por negligencia y falta de amor" (p. 268).

Enrique López-Dóriga, S.J.

Bant A., Astrid. *Diagnóstico de la Vocación de Desarrollo y la Intervención Institucional en la Región Loreto*. Lima: Codex, 1992, 82 pp.

Las investigaciones antropológicas en el Perú se han llevado a cabo mayoritariamente en zonas andinas del país. Sin embargo, en los últimos años se han incrementado los estudios en la Selva peruana. Consideramos importante